

IX

EN UN POZO

En el siglo pasado, la calle de Fouarre era, seguramente, la calle más fea y sucia de todo París, que, no obstante, poseía entonces muchas sucias y feas.

Con un riachuelo cenagoso que corría por el centro, la carretera, casi desprovista del todo de adoquines, los montículos de detritus que la interceptaban constantemente y envenenaban el aire que apenas podía circular, más parecía dicha calle una vasta cloaca que una vía de comunicación.

Pronto llegaron á ella los dos guardias franceses y el teutón.

Después de recorrerla próximamente hasta su mitad, Matías hizo parar á sus compañeros frente á una especie de zahurda, de donde salía un ruido infernal.

Oíanse gritos, vocerío, cantos lanzados por voces avinadas, y todo acompañado á intervalos por el ruido

de un vaso ó una botella que iban á estrellarse contra las paredes.

— Aquí es — dijo Matías.

— ¡Aquí!... — exclamaron á una Bonifacio y Felipe, retrocediendo instintivamente.

— Sí.

— ¿Y va usted á hacernos entrar en tan horrible sitio? — exclamó el sargento.

— ¡Oh! en esta sala no, si hay mucha gente — replicó el alemán; — sino en otra en donde estaremos solos. Seguidme; está detrás.

Y penetró en un pasillo estrecho y oscuro que, por dentro de la casa, iba paralelamente á la taberna.

Bonifacio vaciló un segundo, nada más que uno, é internóse á su vez por el pasillo.

Lo mismo hizo su compañero, aunque muy á disgusto.

Al cabo de veinte ó veinticinco pasos, detúvose Matías ante una puerta lateral, abrióla con una llave que sacó de debajo de sus vestidos — lo que era ya sospechoso — y empujó á los dos soldados hacia una pieza de reducidas dimensiones y muy mal alumbrada.

— Aquí, siquiera, — dijo — podremos jugar tranquilamente; como si estuviéramos en nuestra casa.

Mientras Matías hablaba, examinaba Felipe el local y extrañábase de no ver en él mueble alguno. Ni tablas, ni sillas, ni taburetes: completa desnudez.

Iba á hacerlo notar, cuando Matías le previno, diciendo:

— Esperadme un momento, voy á buscar algo donde

ponernos y sentarnos : como este cuarto está ocupado muy rara vez, no lo amueblan hasta que viene gente... vuelvo en un minuto.

Y salió precipitadamente :

Pero transcurrieron varios minutos, sin que diese señales de vida.

Bonifacio empezaba á arrepentirse de su tentación y sus facciones expresaban cierta inquietud.

Su compañero apenas estaba más tranquilo, porque todo aquello le parecía muy raro.

La habitación en que se hallaban recibía luz por una ventana colocada muy arriba, y á la que no se podía llegar sin elevarse á varios pies del suelo.

— Mira — dijo de pronto Felipe — sírveme de escalera, Bonifacio, para ver lo que hay por ahí.

Sin contestar, el joven Passepoil se recostó contra la pared, y cruzando las manos, para que sirvieran de escalón á Buena Espada, se elevó éste hasta la ventana.

No había tenido aún tiempo de echar una mirada afuera, cuando un enorme ventanillo cayó pesadamente ante la ventana y les dejó sumidos en repentina oscuridad.

— ¿Qué quiere decir esto? — exclamó Felipe saltando al suelo.

— En efecto — repitió Bonifacio con voz ligeramente alterada.

Y estornudó balbuciendo :

— ¡Qué polvo!... No deben de cerrar muy á menudo ese ventanillo.

Luego, ocurriéndosele una idea, añadió :

— ¡Ah! ¡ya caigo! Como el cuarto no es muy claro, Matías querrá sin duda hacernos jugar con antorchas y habrá cerrado, para que éstas alumbren mejor.

— ¡Hum! ¿Crees eso?

— ¡Toma! No veo, si no, por qué había de dejarnos entre tinieblas... Además, fácil es ir á preguntárselo, pues no debe de estar muy lejos.

— Eso es; vamos á preguntárselo.

En esa salida, fundaba Felipe una última esperanza de sacar á su amigo de las garras de Knauss; porque si no le había pasado del todo la locura, no le faltaba mucho.

Nueva sorpresa les esperaba, pues fueron á darse de narices contra la puerta, que estaba cerrada con llave por fuera.

— ¡Esto es demasiado! — exclamó Bonifacio. — ¡Ahora nos ha encarcelado!

— Muy sencillamente; y creo que hemos caído en un lazo — observó Buena Espada, con toda su despreocupación.

Y hasta parecía satisfecho del inesperado cariz que tomaba aquella partida de recreo.

No veía Bonifacio la cosa del mismo modo.

— ¿Cómo? ¿En un lazo? — preguntó.

— Sí... tengo el presentimiento de que el miserable quiere jugarnos una mala pasada.

— ¿Y por qué?

— ¿Qué se yo? Acaso por la afrenta que recibió de tu padre y por la poca simpatía que le hemos demostrado siempre nosotros.

— No es probable — replicó Passepoil, tratando de tranquilizarse á sí mismo. — No habría esperado tanto tiempo para ejercitar su venganza.

— Tal vez no haya tenido ocasión.

— ¡Oh! creo que te equivocas... y aunque no comprendo porqué están cerradas la puerta y la ventana, como tampoco la tan prolongada ausencia de nuestro hombre, apostaría á que dentro de un instante tendremos la explicación de estas rarezas.

— Así lo deseo.

Pasó un cuarto de hora en esa espera.

La cosa se hacía inquietante, y Bonifacio, ingeniándose en buscar pretextos plausibles á lo extraño de la situación, iba poco á poco teniendo miedo.

— Decididamente — acabó por decir, — creo que tienes razón, Felipe, y que Matías quiere jugarnos una mala pasada. Llamemos; tal vez así venga alguien.

— Llama si quieres. Creo que será del todo inútil — dijo Felipe, sin parecer nada afectado.

Bonifacio empezó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones. Pero su voz parecía apagarse y no se repetía en eco alguno.

— ¡Demonio! — exclamó. — ¡Este cuarto es tan sordo como una tumba!

Y el pobre muchacho experimentaba verdadero horror.

Aunque valiente, el hijo de Passepoil no las tenía todas consigo; la oscuridad, el aislamiento, y, sobre todo, el silencio absoluto que reinaba alrededor de la habitación causábanle indescriptible angustia.

— Tratemos de echar la puerta abajo — dijo de repente; — hay que salir de aquí, sea como fuere.

Felipe no estaba tan inquieto como su compañero ni mucho menos; pero fué de su opinión, porque aquel secuestro empezaba á parecerle que pasaba de los límites de la broma.

Los dos á una, echáronse contra la puerta, dándole terrible empujón.

Ante tan formidable choque, una puerta ordinaria hubiera volado hecha astillas; pero aquella no se arqueó una línea ni produjo el menor crujido.

Debía ser de espesor poco común, para resistir á todo ataque.

Quedaba la ventana...

Encaramado en los hombros de Bonifacio, el hermano de Marina levantó el bastidor con cristales, y, reuniendo todas sus fuerzas, intentó romper la contraventana.

Trabajo inútil... Ni siquiera llegó á imprimirle el menor movimiento.

Estaban cogidos en una ratonera, y no tenían más remedio que esperar los acontecimientos.

No creía Buena Espada que pudieran estar en peligro su vida y la de su amigo — aunque aquel lugar fuera muy favorable para una emboscada, sobre todo, teniendo en cuenta que estaban ambos desarmados; — de todos modos, temía una de esas grandes maldades que tan bien saben combinar las pesadas cabezas teutonas.

— ¡Tate! — dijo á Bonifacio, acordándose que su

marcha á Bohemia estaba señalada para el día siguiente — ¿quieres apostar á que he adivinado la intención de ese bandido?

— ¡Ah! veamos...

— Sabiendo que debemos ponernos en camino dentro de pocas horas, nos ha secuestrado aquí, á fin de impedirnos marchar con el regimiento y hacer creer que hemos desertado.

— ¡Qué miserable!

— ¡Qué infame! querrás decir, ¿porque eso es nuestra deshonra! — rugió Felipe con brusco arrebató de furor. — Creerán que hemos huído por miedo á hacer frente al enemigo.

— ... ¡Hacernos pasar por cobardes!...

— Y perdernos para siempre á los ojos de todo el mundo... ese debe de ser su objeto.

— Entonces va á tenernos varios días prisioneros.

— Probablemente, hasta que nuestro regimiento se halle lo bastante lejos para que no podamos incorporarnos á él.

— ¡Ah! ¡si lo cogiese! — gritó, exasperado, Bonifacio.

Felipe no dijo una palabra; pero no perdía nada con ello Matías Knauss, porque la fría irritación del joven le prometía un formal ajuste de cuentas.

¡Ay! si lo que suponían era ya terrible para ellos, porque les iba su honor, estaban, no obstante, ambos soldados, muy lejos de sospechar la suerte que les estaba reservada, y que no tardarían en conocer.

En tanto que se consumían en impotente rabia, un ruido insólito prodújose súbitamente bajo sus pies.

Parecía aquello el resbalar de fuertes barras de hierro que hubiesen arrojado por el suelo.

De pronto, éste se volvió móvil, osciló de derecha á izquierda durante algunos segundos, y luego, bruscamente, entreabrióse por el medio, cayendo cada una de sus tapas en lo interior.

Al mismo tiempo, como faltase el suelo bajo los pasos de los dos reclusos, fueron precipitados al vacío, por el que rodaron con vertiginosa rapidez.

Pero su caída fué corta; puesto que, apenas transcurrió medio minuto desde la abertura de la trampa, hundíanse los dos hasta el pecho en una sustancia blanda y viscosa.

Casi en seguida, hirió sus oídos el rechinar estridente de roñosas bisagras. Era el suelo que recordaba su posición primitiva.

Y en cuanto fueron rechazadas las barras, oyéronse pasos.

Los soldados no tenían daño alguno, y salvo una ligera turbación causada por tan imprevisto salto, hallábanse en posesión de todas sus facultades.

Por consiguiente, pudieron percibir distintamente dos voces que acababan de elevarse por cima de sus cabezas.

Una era la de Knauss, fácil de reconocer en sus inflexiones rudas y guturales; la otra... la otra... ¿Era Felipe juguete de una ilusión? — hubiera jurado que pertenecía al anciano que encontraron la víspera en el Puente del Cambio.

— ¿De modo que ha habido que sacrificar al pequeño

Passepoil? — preguntaba el interlocutor del alemán.
— Yo no te hablé más que del otro.

— Es verdad — replicó el teutón; — pero no ha sido posible.

El joven gallito me recibió erguido sobre sus espaldas y con la cresta hacia adelante, dispuesto á picar.

Y á no ser por Bonifacio, se nos aguaba la fiesta, pues éste era mucho más fácil de arrastrar, y cándidamente me ofreció su concurso arrojándose sobre un cebo que le tendí, con la misma avidez con que muerde el pez la carnada del pescador.

En esas condiciones, me he visto obligado á hacer desaparecer á los dos, sin lo cual no hubiera salido bien la cosa.

— En efecto, no se podía proceder de otro modo, y estoy satisfecho de ti. ¡Ea! ven á cobrar el resto de la suma prometida.

Y dicho esto, marcháronse los dos hombres.

Felipe se quedó estupefacto ante esa nueva revelación.

¿De modo que le odiaban á él, y su muerte era necesaria á alguno?

Estaba petrificado.

¿En qué podía servir de interés á alguien, su desaparición de este mundo?... ¡Él, el hijo sin nombre y sin familia, de quien nunca se había cuidado nadie!

Olvidando momentáneamente la horrible situación en que se encontraba, dejábase llevar por una multitud de reflexiones, cuando las sordas quejas lanzadas por Bonifacio le volvieron á la realidad de las cosas.

— ¡Morir! — gemía en tono lastimero. — ¡Morir los

dos aquí... en este pozo!... y por culpa mía... ¡Ah!... ¡esto es horroroso!... ¡Si no hubiera yo tenido la absurda idea de ganar algunos escudos á ese bribón, no estaríamos aquí!...

— ¡Bah! — interrumpió tranquilamente Felipe, que parecía tomar con valor la aventura. — Tú desgraciada pasión nos ha hecho caer en un lazo; pero, á no ser por ella, y si tú estuvieses libre, yo estaría lo mismo, pues hubieran buscado otra cosa para desprenderse de mi persona.

— De modo que no te enfadas conmigo...

— ¿Yo enfadarme? No, querido; al contrario, reconozco que me has prestado un señalado servicio, proporcionándome el saber que tengo un enemigo mortal...

— ¿Y qué puede importarte ahora ya esa averiguación? — exclamó Bonifacio, verdaderamente desesperado. — ¿No estamos muertos?

— ¡Oh! ¡oh! exclamó Buena Espada, que no se desanimaba fácilmente; — antes de considerarnos perdidos del todo, habría que ver primero si hay algún medio de salir de este agujero.

— ¿Qué medio puede haber?

— No lo sé, y hasta no te ocultaré que me parece sumamente difícil encontrar alguno.

Sin embargo, como nunca hay que perder la esperanza, busquemos.

Ya no podemos dudar de la naturaleza del lugar en que estamos: es un pozo lleno en sus tres cuartas partes, y que no debe tener más de doce ó quince pies de profundidad.

— Y aunque sólo tuviera un pie, ¿qué más nos daba; puesto que la única salida está arriba y ésa se halla herméticamente cerrada?

Felipe no contestó; apiadábase de aquel pavor, y, á no ser por la oscuridad, su compañero hubiera podido verle encogerse de hombros.

Hacia un momento que se hallaba ocupado en tantear las paredés de su prisión, y las notaba demasiado húmedas.

Intrigábale esa humedad.

En su concepto, la sábana de agua que alimentó en otros tiempos el pozo debía de estar mucho más abajo del nivel en que ellos se hallaban.

Y aquel fango en que sus cuerpos estaban hundidos, debía de tener una causa mucho más directa.

Empezó á buscar cuál podía ser el origen de una y otro.

Acercándose las manos al rostro, el olfato del joven soldado fué tristemente herido por el nauseabundo olor que exhalaban.

— ¡Qué peste! exclamó á modo de reflexión; — huele á alcantarilla.

Esa palabra fué un rayo de luz para Bonifacio, cuya impresionable naturaleza renació tan pronto á la esperanza como fácilmente se dejaba abatir por la desesperación.

— ¿Que huele á alcantarilla dices? — preguntó. — En ese caso, estamos salvados, porque habrá alguna que pase por este pozo.

— No he dicho tal cosa.

— ¡Qué importa! ¡yo lo digo! — prorrumpió, con toda serenidad ya; — debe de ser la rama que atraviesa la calle de Fouarre. Pronto, tratemos de reconocer á qué altura y por qué lado está la cañería.

Como esa afirmación no le desagradaba, continuó Felipe sus tanteos á lo largo de las paredes, y no tardó en notar que escurría más agua por la derecha que por la izquierda.

— Ya tenemos el lado — dijo.

Luego, comprobando que las piedras estaban más secas á medida que levantaba el brazo, añadió:

— Aquí está la cañería.

— Entonces, ¡manos á la obra!

Á falta de las espadas, tenían afortunadamente los eucillos que les servían para las comidas.

Y los emplearon para empezar á desencajar piedras.

Á causa de la continua infiltración, el mortero que las unía estaba en parte disuelto, y no les costó mucho sacarlo.

En una hora, consiguieron extraer unas diez piedras, que dejaban un hueco bastante ancho para darles paso.

Pero entonces tropezaron con la albañilería de la cloaca.

Necesitaron otra hora para practicar en ella una operación parecida, y, de repente, á una última piedra, que se separó casi por sí misma, tuvieron la satisfacción — satisfacción es aquí un término relativo — de ser inundados por una oleada negra y cenagosa cuya fétida irrupción llenó el pozo.

Tres minutos después, nuestros dos soldados ponían

el pie en la calzada de la cañería, que, sin estar seca, como acabamos de ver, no estaba sin embargo cubierta más que por algunas pulgadas de agua enlodada.

Continuaron por ese camino hasta la primera plancha que encontraron, y, por medio de barras de hierro clavadas en la pared para que pudiese ganarse fácilmente el suelo, pronto estuvieron fuera.

La alegría de verse libres no impidió á uno y otro observar que bajo el fango que les cubría no tenían aspecto humano.

Por fortuna había una fuente muy cerca.

Un cuarto de hora después, Buena Espada y Passepoil entraban en el cuartel de guardias franceses, procediendo antes á una limpieza todo lo completa posible.

Á las tres de la mañana siguiente, salió su regimiento de París y se dirigía alegremente á Bohemia.

Por el camino, no dejó de dar á los dos amigos tema para la conversación el lazo de la vispera.

Lo que más les intrigaba era la rara coincidencia de su aventura con el encuentro del anciano.

¿Trabajaría, pues, por cuenta de éste, Knauss?

No les faltaba mucho para creerlo. Sobre todo Felipe, al recordar la voz del personaje con quien hablaba el alemán, momentos después de su caída al pozo, voz que se parecía muchísimo á la del desconocido del Puente del Cambio.

Y pensando con razón que aquel anciano no decretaba su muerte por puro capricho, el joven se planteaba á sí mismo una porción de problemas irresolubles, preguntándose quién podía ser aquel hombre y qué

imperioso ó frívolo motivo le inducía á condenarlo.

Cuando su regimiento se incorporó al ejército del mariscal de Sajonia, la imaginación de Felipe halló otro alimento, y poco á poco desapareció su preocupación, pues tenía que pensar en cumplir valerosamente sus deberes de soldado.

X

EN UNA TORRE

El mariscal había decidido tomar á Praga, que, como capital de la Bohemia, le aseguraba la sumisión de otras varias ciudades importantes.

Para empezar las operaciones esperaba la llegada de los refuerzos que había pedido. Estas tropas llegaban todos los días y, en una semana, el ejército aumentó en una tercera parte.

El veintitrés de Noviembre de 1742, estando ya completo su efectivo, caminaba el ejército hacia Praga, de la que se hallaba á unas doce leguas.

Llegados bajo sus murallas el 26 por la noche, los guardias franceses recibieron orden de tomar inmediatamente sus medidas para emprender el asalto.

El regimiento de nuestros dos jóvenes soldados iba mandado por el coronel Chevert, que ya tenía fama por su valor y audacia, fama bien merecida, pues á él y á

Felipe debía, en parte, el mariscal, el éxito de su empresa.

La guarnición de la capital constaba de tres mil quinientos hombres, perfectamente armados y con abundantes municiones. Por lo tanto, presumíase que la batalla había de ser empeñada, y que los sitiados disputarían bien la victoria.

Además, el mariscal, que al principio pensaba atacar de frente al enemigo, resolvió, para disminuir en lo posible las bajas, emplear una estratagema que ya le había dado buenos resultados en casos semejantes.

Simuló un vigoroso ataque á un punto de la ciudad, ataque acompañado de gran estruendo de artillería; luego, mientras toda la guarnición se dirigía á ese punto para rechazar á los sitiadores, mandó poner escalas en el lado opuesto y dió orden de subir en seguida.

El regimiento de Chevert estaba en línea de combate.

En cuanto se recibió la orden, el coronel y Felipe subieron por la escala.

Apenas acababa de poner Chevert el pie en el muro, cuando un centinela aislado le dirigió un bayonetazo en pleno cuerpo; pero antes de tocarle, desvióse la bayoneta, y el soldado austriaco cayó, sin dar un grito, con el cuello atravesado por la espada de Felipe.

— Gracias, *sargento*, dijo simplemente el coronel Chevert.

Felipe acababa de ganar su primer grado en el campo de batalla, y como su reputación de buena espada le había acompañado al ejército, no tardó en ser conocido con el nombre de sargento Buena Espada...

Todas las tropas siguieron el impulso dado por el coronel de la guardia francesa, y, en menos de una hora, había ya más de cinco mil hombres en la plaza.

Sorprendido de improvisó, no tuvo el enemigo tiempo de defenderse y se vió obligado á rendir las armas sin haber podido combatir.

Por la mañana, los habitantes quedaron estupefactos al ver á su ciudad ocupada por el ejército francés, cuya presencia no habían siquiera sospechado. — por el ejército francés que sólo había perdido algunos hombres en el simulacro de ataque.

Pero pronto se consolaron de esta derrota, y, ya por cálculo, ya por simpatía, pues no les entusiasmaba ser súbditos de María Teresa, demostraron gran amabilidad á los vencedores, tratándolos lo mejor posible.

Durante los treinta ó cuarenta días que las tropas del mariscal ocuparon Praga, Bonifacio estuvo más contento que nunca.

Los bohemios, á cualquier clase de la sociedad que pertenezcan, son muy jugadores, y el hijo de Passepoil, que estudió en seguida sus juegos, jugaba partidas interminables todo el día, cosechando por ese medio buena cantidad de ducados que escondía en los bolsillos secretos ocultos bajo sus vestidos.

El nuevo sargento, que tenía aficiones muy distintas, iba casi diariamente á efectuar excursiones fuera de la población.

Atraíale especialmente un lugar. Era una elevada colina situada á un tiro de mosquete de las murallas, y de cuya cima se abarcaba espléndido panorama.

Esa colina remataba en una vieja torre enmohecida y ruinoso, que debía de datar de varios siglos atrás, y que, por su aspecto arcaico, aumentaba el encanto del lugar.

Aunque entonces era el fin del otoño, la temperatura era sumamente agradable, y el joven, á quien gustaba pensar, acostumbróse á ir todos los días á sentarse al pie del antiguo monumento, para permanecer una ó dos horas contemplando el magnífico paisaje que á sus pies se extendía.

Allí, ante las bellezas de la naturaleza, olvidaba un rato el vacío de su existencia, y dejábase mecer por la esperanza de risueño porvenir.

Una tarde que acababa de instalarse en su acostumbrado puesto y que, medio extendido sobre la hierba, dejaba que su mirada vagase al azar por la montaña, tocóle algo en el hombro y, acto seguido, rodó á sus pies un pedazo de piedra del tamaño de una nuez.

Levantó rápidamente la cabeza para ver de dónde provenía tan singular proyectil y entonces vió, exactamente por cima de él, que una de las enormes almenas que coronaban la torre oscilaba en su base de granito y parecía movida por mano invisible, y luego cayó en el vacío.

Tuvo justo el tiempo de levantarse y dar un salto de lado para no ser aplastado por aquella enorme mole, que quedó en el suelo, en el sitio que él ocupaba segundos antes.

De no haber sido despertada su atención por el guijarro precursor, le hubiera herido la almena, y su cuerpo

se hubiese reducido á un montón de huesos y carnes mutilados. Inmediatamente presintió que le tendían una emboscada y que ésta debía tener alguna relación con la de que había sido víctima en París.

Hombre de resoluciones vivas y enérgicas, decidió Felipe asegurarse en seguida subiendo arriba de la torre, en donde no podría menos de conocer la causa de la caída de la almena.

La entrada al monumento era una puerta baja que sólo ofrecía un boquete negro en donde cruzaban en abundancia altas hierbas y parietarias.

Sin titubear, penetró espada en mano, y no tardó en tropezar con los primeros peldaños de una escalera que se elevaba en espiral perpendicular.

Subió rápidamente, á pesar de las numerosas brechas que existían y desembocó en una plataforma de ocho ó diez pies cuadrados que, al principio, reconoció estar desierta, lo cual no dejó de sorprenderle.

En efecto, no podía creer que la mole que estuvo á punto de matarlo se hubiera desprendido por sí sola, y, por otra parte, notaba la imposibilidad material de que nadie huyese antes de llegar él... á menos de pertenecer á la raza simia.

Mientras trataba de explicarse aquella rareza, distinguió, enrollada alrededor de la almena, una banda de tela color de tapia, cuya presencia en aquel lugar le pareció sumamente sospechosa.

Acercándose, vió que era uno de esos largos cinturones que forman parte del equipo de algunas compañías francas.

Una vez observado esto, asomábase hacia afuera para averiguar lo que querría decir, cuando se encontró frente á frente con un individuo suspendido del exterior de la torre, agarrándose con las manos al cinturón y con los pies introducidos en el hueco de una piedra ausente... individuo que no era otro que Matías Knauss.

— ¡Ah! ¡miserable! — le dijo, recordando súbitamente el mal rato pasado en el pozo de la calle del Fouarre. — ¡Ya van dos veces que atentas contra mi vida! ¡Pues bien! ¡no atentarás la tercera!

Y se echó en seguida hacia atrás para cortar el cinturón y precipitar así al canalla contra el suelo, en donde inevitablemente se estrellaría.

Pero Knauss era menos pesado de lo que su gordura hacía suponer, y sin darle tiempo de ejecutar su deseo, llegó á la plataforma con agilidad sorprendente.

— ¡Ah! ¡ah! ya creías tenerme, chiquillo — dijo riéndose pérfidamente y poniéndose en guardia; — pero para coger al amigo Matías hay que ser más listo que tú... y ahora soy yo el que te tengo... no voy á hacerte languidecer... unas pulgadas de acero en tu pellejo y negocio concluído...

Antes de que pudiera terminar, la espada de Felipe había chocado con la suya.

El germano era bastante buen tirador, y, como, sin duda, ignoraba que el joven llegó á ser de primera fuerza desde que él salió de la sala de Passepoil, salida que precedió mucho á la época en que Felipe cobró fama, podía, efectivamente creer que le sería fácil la victoria.

Mas pronto le desengañó el guardia francés.

— ¿Conque dices que me tienes, bandido?... Ahora lo veremos... Anda, para esa... — dijo lanzándole una estocada que le atravesó el muslo... — Es para prepararte á recibir otra que dentro de poco voy á darte en pleno pecho.

— ¡Voto á...! — rugió Knauss. — ¡Voy á hacerte tajadas!

— Para esa otra... — dijo su adversario, atravesándole el otro muslo.

Al recibir este segundo pinchazo, ya no se reía el alemán.

Acababa de reconocer la superioridad incontestable de su enemigo y sentíase á su merced. El miedo invadía sus facciones que adquirían un color terroso.

— Ahora tiembas — le dijo Felipe. — Sólo sirves para cometer crímenes en la oscuridad y al abrigo de todo riesgo... y si esta vez has consentido en servirte de tu arma, es porque creías vencerme fácilmente... asesinar me, por mejor decir.

Aun no había cerrado la boca después de la última palabra, cuando vió que el miserable extendía bruscamente el brazo izquierdo, al mismo tiempo que vió pasar ante sus ojos un objeto reluciente.

El traidor, aprovechando el que las miradas de su adversario se concentraban en su rostro, había cogido un puñal que llevaba en el cinturón y acababa de arrojárselo á la cabeza.

Pero, como iba mal dirigido, sólo le hizo un ligero arañazo en la mejilla.

— ¡Ya ves que digo la verdad!... — exclamó el sargento, cuya cólera, en vez de aumentar, pareció calmarse tras esa cobarde acción. — ¡Y aun tenía yo la cándida humanidad de perdonarte! pero acabas de firmar tu sentencia de muerte.

Esta villanía será la última que cometas; voy á limpiar la tierra de un bandido como tú, y á clavarte en el paladar tu lengua mentirosa.

Y diciendo esto, con un vigoroso latigazo, arrancó la espada de manos del teutón y la hizo saltar por encima de las almenas.

Los labios de Knauss soltaron una oleada de sangre y escupió sus dientes destrozados antes de caer hacia atrás como una masa.

La espada de Felipe le entró en plena boca.

Al verlo inmóvil y sin aliento, el joven pronunció, á modo de oración:

— Ni tu malvado brazo ni tu fea lengua volverán á hacer daño á nadie; y tus despojos tendrán por sepultura el vientre de los cuervos, si es que éstos no temen envenenarse.

Luego, abandonó la torre y regresó á Praga, para contar la cosa á Bonifacio.

— ¡Magnífico! — exclamó éste, al enterarse del acontecimiento. — De ese modo ya no tienes nada que temer de ese granuja. Pero, en medio de todo, como sabemos que él no obraba por su propia cuenta, te aconsejo que tengas mucho cuidado en lo sucesivo.

El pequeño Pássepoil terminó su recomendación con este profundo pensamiento:

— Desgraciadamente, no faltan los Knauss, á quien quiera pagarlos.

Como ya hemos dicho, el sargento, dominado por la indignación, pensaba abandonar el cadáver del alemán á las aves carnívoras que por el país pululaban.

Pero, al día siguiente, guiado por sentimientos más humanos, decidió sepultarlo.

Ofrecióse Bonifacio á secundarle en tan fúnebre tarea, y ambos partieron muy de mañana hacia la torre y subieron á su plataforma.

Pero, cosa extraña y que los asombró extraordinariamente: el cuerpo de Matías había desaparecido.

¿Habría sido llevado por cómplices, ó bien, conseguiría el miserable huir, por no estar tal vez herido de muerte?

Á pesar de sus concienzudas investigaciones, nada averiguaron nuestros jóvenes.

Al llegar á este pasaje de su propia historia, que hemos creído conveniente contar por él, calló el sargento Buena Espada; pero, viendo que los ojos de Cocardasse continuaban interrogándole, añadió:

— He terminado... Desde esa época, no me ha vuelto á ocurrir ninguna mala aventura, y hasta hace una hora, creía ya que los que atentaban contra mi vida, desanimados por el poco éxito de sus tentativas, se habrían resignado á dejarme vivir, cuando la puñalada que cerró nuestro duelo, así como la agresión de la hostería, me demuestran claramente mi error, y que Knauss sigue completamente vivo.

Mucho ha tardado, es verdad, en darme señales de

su existencia; pero no hay duda que será por no haber podido hallar hasta hoy nueva ocasión de atacarme, dadas las precauciones de que me he rodeado siempre y la excesiva prudencia que guía todos mis actos.

Mas, ya ve usted, que le ha bastado para sorprenderme, un solo momento de tregua de esa vigilancia.

Ahora, veterano, ya sabe usted de cabo á rabo toda mi historia.

Si comprende algo de ella, le agradeceré infinito me lo explique, porque yo no entiendo la menor cosa.

Poco había interrumpido Cocardasse la narración de su compañero, pues se limitaba á prorrumpir breves exclamaciones al oír los pasajes más salientes, singularmente interesado por cuanto escuchaba.

Además, cuando el joven había llegado á su encuentro con el anciano, aumentó su interés, y, á partir de ese instante, examinó atentamente al narrador, aprovechando el resplandor de las estrellas, para tratar, también él, de descubrir en sus facciones, de las que hasta entonces no se había preocupado, un parecido con cierta persona que había conocido en otros tiempos.

Había observado asimismo las diversas entonaciones de su voz, que, varias veces, le recordaron las de otra voz que sonó antaño en sus oídos.

Después de las últimas palabras del sargento, permaneció un instante pensativo; luego, como reflexionando, dijo:

— Todo cuanto me ha contado, paréceme, como á usted, muy extraordinario, y, realmente, no podría yo dar explicación alguna.

Sólo habría un medio de ver claro en ese asunto, y sería saber quién es el anciano que se le acercó la víspera de su partida, y á cuyo sueldo estaba Knauss.

— Esa es también mi opinión; pero ¿cómo averiguarlo?

— ¿No lo ha vuelto á ver?

— Nunca.

— ¿Recuerda usted cuando menos su fisonomía, su aspecto general?

— Muy bien.

— Retrátemelo, pues; yo conozco tanta gente...

— Era hombre de elevada estatura, y, según pude juzgar, de unos sesenta y cinco á setenta años, de rostro delgado y muy pálido.

— ¡Ah! ¿rostro pálido y delgado?

— Con ojos grises verdosos hundidos en las órbitas y que recuerdo que no tenían mirada muy franca.

— Aparte de eso, ¿nada de particular en él?

— Espere que me acuerde... ¡Ah! ¡sí! la cabeza constantemente inclinada contra el hombro izquierdo. Á veces trataba de levantarla, pero por sí misma recobraba su primitiva posición.

— ¡Ira de Dios! si sería el bueno del marqués de Peyrolles — murmuró Cocardasse aparte; — esa es su faz de bribón franco... ¡y su cuerpo no se hallaba entre los de Montaubert y Taranne en el cementerio de Saint-Magloire!

Y, en voz alta, añadió:

— ¿Y dice usted que venía ricamente vestido?

— Sí, traje de terciopelo negro con bordados de oro y botones de brillantes.

— ¿Joyas?

— Muchas sortijas en los dedos.

— ¿Sortijas de valor?

— ¡Ya lo creo! Una de ellas era un enorme solitario que ostentaba en la mano derecha y cuyas luces me cegaban.

— ¡Santo Dios!... — juró para su capote el soldado, — sí, es el antiguo intendente de Gonzaga... ese diamante es el que le regaló el príncipe, por haber hecho raptar á la señorita Aurora... ¡Y yo que lo vi caer con la garganta atravesada por el cuello del caballero!... ¿Cómo pudo escapar?

Ahora me lo explico todo, y no tengo ya duda alguna acerca de la identidad de este muchacho... Peyrolles lo reconoció ser... ¡Ah! ¡si pudiera yo hablar!...

— ¿Pueden servirle de algo esas señas, veterano?

— ¡Ah! si pudiera yo hablar... — repitió mentalmente Cocardasse, sin contestar al sargento — porque es él... no puede ser más que él el que está aquí, ante mí... las mismas facciones, la misma voz, el mismo vigor que su padre... Pero todavía no puedo decirle nada; antes tengo que consultar con el señor Chaverny.

¡Qué contenta se va á poner la señora Aurora!

— ¿Cae usted? — preguntó otra vez Felipe, que creía al viejo soldado ocupado en pasar revista á las caras de sus conocidos.

— No, á fe mía — repuso éste, — no veo á nadie á

quien pueda aplicarse el físico que acaba de describirme... y lo siento, pues, de lo contrario, hubiera podido darle indicaciones útiles.

De todos modos, le aconsejo que no desespere.

Á veces, ocurre que, cuando menos se piensa, se aclaran como por encanto las cosas.

— No desespere; pero temo que transcurra mucho tiempo antes de que llegue la hora.

— ¿Quién sabe? — dijo Cocardasse con tono enigmático.

— ¡Hum! ¿quién sabe? Muy vago es eso.

Hacía ya buen rato que los dos militares habían llegado al campamento y continuaban caminando por la alameda principal.

— ¿Dónde está usted acantonado, veterano? — le preguntó el sargento.

— Allí — repuso éste indicando un punto á lo lejos.

— Yo aquí, á dos pasos, en el tercer regimiento de guardias franceses.

— Por lo que veo, estamos bastante lejos uno de otro.

— En efecto, y tal vez por eso no nos hayamos visto hasta hoy.

— Naturalmente.

— Pero, ahora que conocemos nuestros respectivos campamentos, espero que nos veremos á menudo, — dijo Felipe. — Además, el combate que hemos sostenido juntos contra Knauss y sus acólitos supongo que nos ha convertido en buenos amigos.

— Y muy buenos, á lo menos en lo que á mí respecta.

— Hable también por mí, sin miedo de engañarse.

— Entonces, choque esa mano, sargento Buena Espada. Nunca le ha pesado á nadie ser amigo de Cocardasse.

— No lo dudo — contestó el joven apretando vigorosamente la mano que le tendía el maestro de esgrima.

— Y mañana, después de la lista, daré un paseito hasta su tienda, para que hablemos un poco, caso de que no haya inconveniente.

— Al contrario, tendré mucho gusto, así como también Bonifacio, al que hoy mismo voy á anunciar su visita.

— ¡Hasta mañana, pues!

— Hasta mañana.